

María del Mar Mas Fiol
IES Felanitx (Felanitx)
ILLES BALEARS



Querido padre:

Hoy puedo decir que por fin he encontrado qué palabras decirte. No ha sido fácil, ni lo será pronunciarlas, pero nada en esta vida es fácil al principio, y sé que no debo rendirme jamás.

Todo empezó con una idea que no sé de dónde la saqué, ni cómo conseguí reunir el valor necesario para llevarla a cabo. Solo sé que un día me levanté con ganas de encontrarme a mi misma, o más bien, de encontrar la parte de mí que se había quedado completamente vacía cuando te marchaste.

Esa misma mañana cogí una mochila con algo de comida y agua, y salí de casa. Lo sé, sé que estarás pensando que estoy loca y que debí avisar a mamá, pero estaba iniciando un viaje tan importante para mí, que no podía esperar más.

Así que me fuí. Recorrí pueblos, ciudades y montañas. Caminos y carreteras, dormí en sitios extraños y conocí gente misteriosa con una larga historia sobre sus hombros, igual que yo. Traté de saciar mi sed de conocimiento, de explorar aquellos rincones que siempre me habían llamado la atención, de dejarme llevar. Durante esos meses no rendí cuentas ni a nada ni a nadie, me esforcé mucho en hacer, literalmente, lo que me daba la gana. Experimenté sensaciones nuevas, descubrí el placer del amor y fui leal a quién lo necesitó. Pero más allá de esto, siempre estuve pensando en mí misma. ¿Quién era? ¿Quién quería ser? ¿Quién había sido? Y lo más importante, ¿con qué debía llenar las partes negras y vacías de mi corazón?

Aunque por suerte, la respuesta no tardó en dejarse conocer. Llegó en manos de un comerciante árabe que me asaltó un día, mientras me adentraba en las dunas del Sáhara, para tratar de venderme su seguramente exótica mercancía. Recuerdo que el comerciante iba tapado de arriba a abajo con telas de colores vivos. Se bajó de su camello cargado de alforjas y se acercó a mi alegremente.

- ¡Buenas! - saludó. Hablaba español, aunque con muchas trabajas. - No sé qué estás buscando, pero seguro que lo tengo yo.

- Me busco a mí misma - respondí con sencillez.

Él se quedó en silencio unos segundos, pero enseguida dio un saltito y empezó a buscar entre sus bolsas. Al final, sacó una brújula y me la tendió.

Era pequeñita y redonda, de color plateado y pesaba bastante para su reducido tamaño. La luz del implacable Sol africano se reflectaba en cada una de sus caras y la hacía brillar como si fuera un diamante.

La abrí con cuidado, pero me sorprendió su interior; en vez de marcar los cuatro puntos cardinales, habían labrado: "LLANA, ESDRÚJULA, AGUDA Y SOBREESDRÚJULA". La aguja central estaba hecha de plata con la punta teñida de verde. Era un objeto raro, pero hermoso. Sentí cómo me llamaba, cómo mis ojos se clavaban en él, y supe que era para mí.

- No te estás buscando a ti. - Dijo el comerciante con madurez. - Estás buscando las palabras para expresar lo que sientes, para liberarte. Esta brújula te ayudará, y no pagues nada por ella, la necesitas más que yo.

No sé si alguna vez llegué a saber cómo agradecerle lo que hizo por mí. En ese momento no supe que me sería tan útil mi regalo, ni que en el fondo, tenía razón. Buscaba palabras. Continué mi viaje dejándome llevar por mi nueva brújula. encontré palabras nuevas, significados nuevos, letras que podían darle un nuevo sentido a mi vida, y que por fin, sanaban las heridas que me causaste sin querer.

Cuando volví a casa, volví entera. Todo había pasado, las cicatrices ya no sangraban, mi vida brillaba más. Hoy puedo decir que, por fin, he encontrado qué palabras decirte.

La primera de todas: negación.

No te estabas marchando. No estabas enfermo. No morirías. Te curarías.

La segunda: realidad.

Te estabas muriendo. Me estaba quedando sola, a merced del mar, de la vida. Sin control sobre mí misma. No era fácil, y nadie me ayudó en nada.

La tercera podría ser oscuridad.

¿Cómo se describe la oscuridad? Fue extraña. No tenía ganas de hacer nada, veía los días pasar uno tras otro por delante de mí, empujándome al precipicio. Me sentía atrapada, sin tus brazos, sin tus manos y sin tu voz.

La cuarta: ¿valentía?

No sé de dónde la saqué, pero ahí estaba. Tan libre, tan preciosa, tan pura, animándome a viajar.

La quinta la tengo clara: aceptación.

Sí, moriste. Sí, mamá enfermó. Sí, me quedé sola. Pero era feliz. Me había encontrado, había sanado, había sonreído y le había dicho a mi reflejo que todo iba a cambiar. No me quedaría anclada en mi pasado, usaría esa valentía en mi favor.

Gracias papá, por enseñarme tanto, incluso sin querer. Por hacerme crecer como persona, por significar tanto. Por creer en mi. Por ser el norte que guiaba mi brújula, y por guiarme a mi. Te quiero.

Atentamente,

Yo.